

# NEW LEFT REVIEW 130

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2021

## ENTREVISTA

GUILHERME BOULOS Las luchas de los sin techo 8

## ARTÍCULOS

ADAM HANIEH Imperio petroquímico 29

MAY INGAWANIJ *Noir* filipino 59

DAVID HARVEY Proporción y magnitud 79

## CRÍTICA

JOEL ANDREAS Sendas no seguidas III

ROHANA KUDDUS Cómo explicar a Jokowi 123

DAVID SIMPSON Ir al grano 135

BEN JACKSON Titmuss en su tiempo 143

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

**ts**  
traficantes de sueños



## CRÍTICA

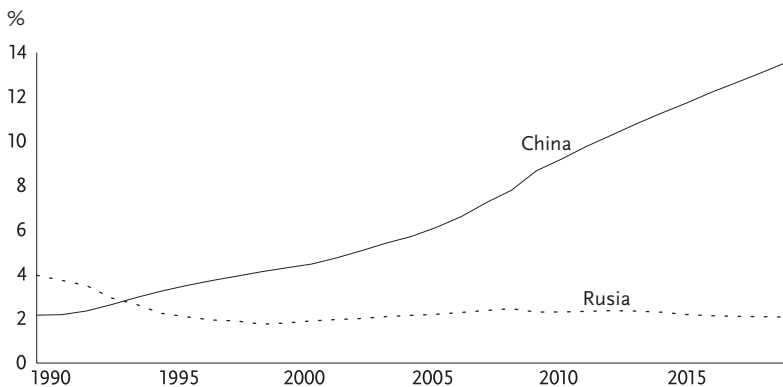
Isabella Weber, *How China Escaped Shock Therapy: The Market Reform Debate*, Abingdon, Routledge, 358 pp.

JOEL ANDREAS

### SENDAS NO SEGUIDAS

Para ilustrar lo que estaba en juego en los debates sobre las reformas pro mercado acaecidos en China durante la década de 1980, Isabella Weber comienza su libro con algunos gráficos contundentes. El primero de ellos (presentado a continuación) compara las participaciones de Rusia y China en el PIB mundial entre 1990 y 2017. El gráfico muestra que la participación de Rusia se redujo a la mitad, mientras que la de China creció cerca de siete veces más.

*Participación de China y Rusia en el PIB mundial, 1990-2017.*



Fuente: World Bank Data, 2017.

Weber sostiene que esta espectacular divergencia fue consecuencia de las terapias de choque aplicadas en Rusia a partir de 1991, empezando por la total liberalización de los precios. Como prescribían los economistas neoliberales, el objetivo era hacer la transición al capitalismo desde la economía socialista de Estado de la manera más rápida posible. Desde esta perspectiva, unas reformas pro mercado graduales simplemente llevarían a una recaída en el viejo modelo. La única garantía del éxito era eliminar de un plumazo los controles de precios y los subsidios sociales: se trataba de obligar a las empresas existentes a sobrevivir en un entorno extremadamente competitivo, de eliminar viejas prácticas y de retirar la cáscara muerta preparando el terreno para un desarrollo más sólido basado en el mercado. Rusia siguió este camino y vio cómo colapsaba su economía. Desde entonces, su crecimiento ha sido desigual, pero lento en general. Sin embargo, China se opuso a esa fórmula y sus resultados han sido mucho mejores. No obstante, Weber sostiene que aunque la República Popular China (RPCh) está profundamente integrada en el capitalismo global, no ha experimentado una «asimilación total» o una «plena convergencia institucional» con las normas neoliberales. Señala que esta tensión entre el ascenso de China y esa «asimilación parcial» define nuestro momento actual. El propósito de *How China Escaped Shock Therapy* es explicar esta divergencia, lo que Weber realiza muy bien.

Basándose en sus entrevistas con muchos de los intelectuales implicados en el diseño de las políticas discutidas o aplicadas, Weber muestra lo cerca que estuvo Pekín de adoptar la terapia de choque en la década de 1980. Atraídos por las deslumbrantes teorías de los principales intelectuales neoliberales occidentales –y animados por economistas emigrados de la Europa Central como János Kornai, Włodzimierz Brus y Ota Šik, que encabezaron los intentos de reforma en Hungría, Polonia y Checoslovaquia antes de huir a Occidente– los dirigentes chinos llegaron a dar los primeros pasos antes de dar marcha atrás a la vista de las graves reacciones sociales y políticas que tal opción traía aparejada. Weber sostiene que se salvaron gracias a la larga tradición de pragmatismo del Partido Comunista Chino (PCCh). Recurriendo a la metáfora que hizo famosa Deng Xiaoping, entraron audazmente en el río, sintieron el empuje de sus profundas y rápidas corrientes y se echaron atrás justo a tiempo para tomar un camino diferente. Este no es un análisis novedoso, pero la investigación de Weber proporciona nuevas y convincentes observaciones sobre la experiencia y las concepciones del mundo de los participantes en los duros debates económicos de la década de 1980. Nacida en la RFA tan solo dos años antes de la caída del Muro, Weber estudió en Berlín y en la Universidad de Pekín, para estudiar posteriormente economía en la New School of Social Research de Nueva York y doctorarse en Cambridge con Peter Nolan. Actualmente enseña economía en la Universidad de Massachusetts Amherst y es Research Leader en China

Studies en su célebre Political Economy Research Institute. Su investigación se basa en reflexiones elaboradas desde muchos ángulos diferentes sobre las reformas económicas acontecidas en China: cuadros veteranos del PCCh, jóvenes economistas con planteamientos liberales, estudiantes expulsados de la universidad, funcionarios del Banco Mundial, emigrados partidarios del libre mercado. Desde cualquier punto de vista se trata de una contribución impresionante.

En el análisis de Weber, las decisiones tomadas por los dirigentes veteranos del PCCh después de la muerte de Mao en 1976 estuvieron profundamente marcadas por su experiencia en el restablecimiento de la actividad económica en las zonas liberadas durante la Guerra Civil, lo cual a su vez estuvo conformado por tradiciones profundamente arraigadas del pensamiento clásico chino sobre el liderazgo económico. Weber estudia en profundidad los tratados sobre las intervenciones económicas de la era Han recogidos en el *Guanzi*, una importante compilación de escritos sobre filosofía, política y ciencia realizada en el año 26 a. C. por el erudito Liu Xiang y que se remontan a varios siglos atrás. En su relato, las teorías de los economistas del *Guanzi* surgen de la necesidad de ajustar las nuevas relaciones entre el Estado y el mercado durante la era de los Estados Combatientes, que fue un periodo de avance tecnológico y competencia interestatal. Los autores resaltan la importancia de los graneros públicos y de la intervención del Estado para estabilizar los precios y crear «mercados ecuanímenes», comprando grano cuando los precios fueran bajos y vendiéndolo cuando fueran altos. Weber señala que estas políticas fueron institucionalizadas bajo el mandato del emperador Wu de la dinastía Han (157-87 a. C.) por su ministro Sang Hongyang, que también reactivó los monopolios estatales sobre la sal y el hierro para reponer el maltrecho tesoro imperial de Wu exhausto por la guerra. Los mercaderes ricos y los aristócratas rebeldes quedaron debilitados y sus tierras fueron confiscadas para que las trabajaran pequeños campesinos.

Para los economistas del *Guanzi*, un concepto clave era la distinción entre *qing* (ligero) y *zhong* (pesado). Estos términos se podían referir respectivamente a monedas pequeñas y monedas de mayor valor, mientras la combinación *qingzhong* podía significar la intervención de los precios. De manera más general se utilizaba para todo un abanico de políticas económicas, desde monopolios estatales a incentivos al trabajo y controles monetarios. Para el razonamiento de Weber resulta decisivo que los escritores del *Guanzi* diferenciaron entre procesos económicos y mercancías que eran «pesados», en el sentido de básicos o importantes y sobre los que el Estado debía ejercer un control, y aquellos que eran «ligeros», bienes y prácticas marginales o irrelevantes que podían quedar en manos del mercado. Sin embargo, estas categorías podían variar en función de las condiciones del entorno, la localidad o la estación del año. El mandamiento para los

funcionarios del Estado de «controlar lo que es pesado y dejar pasar lo que es ligero» exigía un planteamiento inductivo y experimental, la utilización de investigaciones empíricas y la recopilación de datos para establecer las circunstancias imperantes y adaptar en consonancia el equilibrio entre lo pesado y lo ligero. Después de la muerte del emperador Wu se celebró un importante cónclave, que dio lugar al famoso «Debate sobre la sal y el hierro», entre los partidarios del enfoque intervencionista de Sang Hongyang, y los académicos-literatos tradicionalistas, que pretendían reinstalar una desaparecida edad de oro de orden ritual y comportamiento responsable en la que sería innecesaria la regulación del Estado y podría prevalecer un modelo de *laissez-faire* (en beneficio de los grandes terratenientes). Weber señala que estos literatos «idealistas» consideraban habitualmente la intervención del Estado como una fuente de corrupción y favorecían la autorregulación por medio de la convicción moral; por el contrario, los funcionarios «pragmáticos» consideraban que la regulación del Estado era decisiva para evitar la fluctuación de los precios y el caos socioeconómico. Estos debates se renovaron sucesivamente en el milenio siguiente; Weber cita en particular las investigaciones efectuadas en la alta edad Qing, que influyeron sobre Mao y la duradera práctica del «Granero siempre normal» para amortiguar los precios de los alimentos.

Después de exponer estos legados, *How China Escaped Shock Therapy* pasa a estudiar las políticas de la era de Mao. Aquí Weber resalta la tensión existente entre los defensores de los planes al estilo soviético para alcanzar la industrialización y los que, incluyendo al estratega económico Chen Yun, acentuaban la importancia de estudiar las condiciones sobre el terreno y seguir un enfoque inductivo, desarrollando en primer lugar la agricultura y la industria ligera como base para la industrialización. Weber sostiene que las medidas iniciales que se tomaron en las áreas liberadas durante la década de 1940 –restaurar las economías destrozadas por la guerra mediante cooperativas estatales y regular indirectamente los precios mediante la intervención en el mercado– se basaron parcialmente en las tradiciones inspiradas en el *Guanzi*. Chen Yun, encargado de la política financiera en las regiones fronterizas del norte durante la Guerra Civil, priorizó los controles sobre los cereales y el algodón, mercancías «pesadas», para ayudar a estabilizar los precios durante la hiperinflación. En Shandong, Xue Muqiao tomó el control del impuesto sobre la sal, un paso decisivo para establecer una base fiscal estable para la moneda del PCCh frente a la del Kuomintang. Chen Yun puede haber sido el primero en invocar el famoso texto de la sabiduría popular sobre el cruce del río como guía para la política económica del PCCh, manifestando en una reunión del Consejo de Estado, ya en abril de 1950, que si la subida de los precios era mala, la caída también podía ser nociva para la producción y que la oferta monetaria debía ajustarse en consecuencia: «Es mejor sentir las piedras para cruzar el río con mayor firmeza».

Weber sostiene que durante la mayor parte del periodo maoísta el plan-teamiento prevaleciente fue el de la economía dirigida, aunque describe a Mao dando bandazos inicialmente entre el dirigismo y el mercado. Después de dar la bienvenida a los planificadores soviéticos, su discurso de 1956 «Sobre las diez relaciones principales» abogó por sostener la agricultura y la industria ligera, antes de que optara por el desastroso voluntarismo del Gran Salto Adelante al que siguió la Gran Hambruna. Después de ella, Chen Yun fue puesto a la cabeza de la recuperación y empezó a reintroducir los mercados rurales y las parcelas trabajadas por familias, proponiendo su modelo de «jaula de pájaros» —el mercado cantando dentro de un plan estatal englobante— antes de ser marginado durante la Revolución Cultural como un seguidor del camino capitalista. Cuando Mao muere, las políticas socialistas habían producido impresionantes avances en la industrialización, así como en la sanidad y la educación públicas. Los precios eran estables, marcados por el Estado de una forma que extraía la riqueza del campo para construir el sector industrial, pero el crecimiento global de la economía mantenía la media de los países en vías desarrollo y los niveles de vida permanecían bajos, especialmente en las zonas rurales.

Deng, que tomó las riendas del Estado en 1978, no estaba satisfecho con este ritmo de crecimiento relativamente lento y estaba convencido de que introducir diversos mercados aceleraría las cosas. A finales de ese año había incorporado a Chen Yun al Comité Permanente del Politburó. El PCCh anunció incentivos para revivir los mercados rurales y la pequeña producción privada, introduciendo un sistema dual para los productos agrícolas: una vez que la cuota estatal de precios bajos había sido cumplida, los campesinos podían vender cualquier excedente a un precio más elevado. Weber sostiene que la lógica del sistema dual —cuota y mercado— se basaba en la de los tratados del *Guanzi*, señalando la avalancha de estudios sobre textos clásicos chinos sobre economía que acompañaron a los debates de la era de la reforma. El Estado aprovecharía conscientemente las fuerzas del mercado, utilizando los principios de «pesado» —el abastecimiento necesario de cereales que proporcionaba la cuota «para asegurar que el sustento de la gente no se viera afectado por un alza de los precios», como señalaba Xue Muqiao en *China's Socialist Economy* (1979), citado por Weber— y «ligero»: el excedente comercializable que actuaba como un estímulo para aumentar la productividad.

La fuerza motriz de la importancia concedida a la economía rural fue, en opinión de Weber, la alianza intergeneracional sin precedentes producto de la agitación social de la Revolución Cultural. En su análisis, a los veteranos de la lucha en el campo de la década de 1940 se les unió un grupo cuarenta años más joven: estudiantes «enviados» desde sus universidades durante la Revolución Cultural que regresaron a estas a partir de 1978 dispuestos a desmantelar las estructuras colectivas rurales. *How China Escaped Shock Therapy*

recoge bien el clima extraordinariamente abierto del momento, cuando la reabierta Academia China de Ciencias Sociales se convirtió en un semillero de nuevas ideas; Weber apoya el planteamiento adoptado por un determinado grupo de estudiosos del Grupo de Investigación sobre Desarrollo Rural y del Instituto para la Reforma del Sistema, un *think tank* próximo a Zhao Ziyang que albergaba a jóvenes investigadores como Chen Yizi y Wang Xiaoqiang entre otros muchos. En el análisis de Weber, esta coalición de dirigentes y jóvenes intelectuales, que realizaron investigaciones sobre el terreno y experimentaron políticas en determinadas localidades, fue un factor decisivo para el espectacular despegue de la economía rural china durante la década de 1980.

Al mismo tiempo, los dirigentes chinos empezaron a invitar a economistas neoclásicos occidentales para que ofrecieran sus consejos, entre ellos a Milton Friedman, junto a economistas europeo-orientales que habían abandonado sus respectivos países como Kornai, Šik y Brus, y a delegaciones completas del Banco Mundial. Todos eran consagrados oponentes del cauteloso sistema dual de precios y en vez de ello aconsejaban una completa reforma de los mismos —un «*big bang*» que provocará una decisiva ruptura con el pasado— como el único camino para hacer poner en marcha un crecimiento impulsado por el beneficio. Como señalaba el discípulo de Brus, Anders Åslund, «el asunto principal es cruzar el río lo más rápidamente posible para alcanzar la otra orilla». Todos ellos encontraron receptivos oyentes entre un creciente grupo de influyentes economistas chinos, entre los que se incluían Wu Jinglian, adscrito al Institute for Economics de la Academia China de Ciencias Sociales, junto a intelectuales más jóvenes como Guo Shuqing, más tarde responsable de la regulación bancaria del país, y, a mediados de la década de 1980, al propio Xue Muqiao. Otros, entre los que inicialmente se encontraba Zhao Ziyang, no se mostraron tan convencidos. Les preocupaba que un cambio tan radical fuera demasiado perturbador y se mostraban partidarios de una introducción gradual de los precios de mercado, mientras se reformaban las instituciones existentes de manera que pudieran funcionar eficazmente en un entorno mercantilizado. Defendían continuar con el sistema dual de precios y extenderlo al sector industrial por medio de una experimentación gradual.

Weber califica estos dos grandes campos como «idealistas» y «pragmáticos» y señala las similitudes existentes entre las líneas de división registradas en la década de 1980 y las incluidas en el «Debate sobre la sal y el hierro» acaecido dos milenios antes. Weber sostiene que la distinción real entre ellos no radicaba en el ritmo de la reforma, sino en su lógica epistémica: el razonamiento deductivo en oposición a la investigación inductiva. Los idealistas ponían su confianza en un mercado autorregulado, recuperando la regulación moral de la filosofía confuciana, mientras que los pragmáticos insistían en mantener un grado de regulación por parte del Estado. Mientras

que los defensores del *big bang* insistían en que los precios vigentes en las industrias fundamentales, que consideraban muy distorsionados, exigían un cambio inmediato, sus adversarios preferían empezar por los sectores «ligeros» y pasar gradualmente a los «pesados». Los primeros eran típicamente académicos, más enamorados de la teoría, mientras que los segundos se hallaban más estrechamente conectados con la implementación práctica de las políticas públicas. Los héroes del relato de Weber son los economistas y funcionarios pragmáticos del PCCh, que resistieron las prescripciones de la ortodoxia neoclásica y de ese modo evitaron las catastróficas consecuencias de la terapia de choque.

Los miembros de ambos campos pretendían fortalecer sus argumentos con conocimientos importados. Los partidarios del campo pragmático, entre ellos Chen Yizi y Wang Xiaoqiang, se desplazaron a Hungría y Yugoslavia para recopilar información objetiva sobre el terreno, donde funcionarios y economistas del *establishment* les advirtieron sobre las destructivas consecuencias de sus propias efímeras reformas radicales de los precios efectuadas en las décadas de 1960 y 1970, que les habían obligado a emprender una senda más gradual. De manera reveladora, Hans Karl Schneider, un economista ordoliberal de Alemania Occidental formado con Walter Eucken y que había trabajado con Ludwig Erhard, aconsejó a estos investigadores chinos que no aceptaran al pie de la letra el relato de Friedman sobre el «milagro Erhard»: Alemania no había liberalizado los precios del carbón y del acero hasta la década de 1970; hubiera sido un desastre hacerlo en el periodo inmediato a la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, cuando había escasez de materias primas. Mientras tanto, los defensores de las reformas radicales de los precios se vieron fortalecidos por la espectacular conferencia de Bashan, dirigida por el Banco Mundial y por economistas europeos procedentes de Europa oriental y celebrada a bordo de un crucero de lujo que navegaba por el río Yangtze. Al mismo tiempo, los europeos insinuaron que con toda probabilidad no sería posible realizar reformas radicales del sistema de precios sin que se produjera simultáneamente un cambio político fundamental, sugerencia que fue mal recibida por algunos de sus interlocutores chinos que, a pesar de abrazar los principios de la economía neoclásica occidental, estaban firmemente arraigados en el *establishment* del Partido.

Tanto los «idealistas» como los «pragmáticos» miraban a América Latina y ambos bandos estaban impresionados por el innovador programa neoliberal desarrollado por Pinochet en Chile bajo la tutela de los economistas de la Universidad de Chicago. Sin embargo, ambo campos sacaron diferentes lecciones de la experiencia chilena: mientras un bando celebraba el éxito de la repentina eliminación de los controles de precios que realizó Pinochet, el otro señalaba que su planteamiento *big bang* estaba basado en empresas adaptadas al mercado. En China, donde las empresas dependían de los



controles de precios y no estaban preparadas para competir por la obtención de beneficios desprendiéndose de trabajadores y aumentando la productividad, un paso tan radical sería demasiado arriesgado. Ambos bandos también buscaron –y encontraron– la atención de los dirigentes de máximo nivel del país. Weber señala que en dos momentos críticos, los defensores del *big bang* estuvieron a punto de prevalecer. En 1986, Wu Jinglian, Xue Muqiao y otros economistas consiguieron atraer a Zhao Ziyang a sus filas, pero finalmente Zhao se echó para atrás después de encontrar una fuerte oposición incluso en su propio Instituto para la Reforma del Sistema. En 1987, la dirección del PCCh se comprometió con una política de desarrollo costero a gran escala y de implementación de un sistema de contratación para las empresas, un planteamiento que Weber describe como «una versión internacionalizada de una mercantilización gradual realizada desde los márgenes y a partir del sistema dual de precios».

La presión a favor del *big bang* en la reforma de los precios continuaba, sin embargo, en parte proveniente de la impaciencia cada vez mayor mostrada por Deng Xiaoping, pero también, sostiene Weber, alentada por la ira popular ante la creciente corrupción presente entre los funcionarios del Partido, que se beneficiaban de su papel de supervisores de un sistema semimercantilizado. Los partidarios de la liberalización argumentaron que una privatización total acabaría por completo con la corrupción de los burócratas. En 1988, el propio Deng levantó el estandarte de una reforma radical de los precios y esta vez las autoridades centrales dieron los primeros pasos en ese sentido. La reunión de agosto de 1988 del Politburó en Beidaihe anunció la liberalización de todos los precios. El resultado inmediato fue una galopante inflación, que pasó del 12 al 28 por 100 entre julio de 1988 y abril de 1989, exacerbada por el pánico que afectó tanto a las compras como a los bancos. En cuestión de semanas, el pragmático Deng dio marcha atrás. Recurrió a Chen Yun para revertir la liberalización e imponer una estabilización de los precios sobre los productos fundamentales. Weber sostiene que China había escapado por los pelos de la terapia de choque, a pesar de que la abortada reforma de los precios protagonizada por Deng tuviera un elevado coste: sus efectos desestabilizantes contribuyeron a catalizar la crisis política que culminó en la masacre del 4 de junio.

Los héroes del sistema dual analizados en la exposición de Weber fueron en su mayor parte marginados después de Tiananmen. No obstante, ella sostiene que el planteamiento de la reforma que contribuyeron a definir y defendieron ha sobrevivido: «El modelo de mercantilización gradual, experimental, ha permanecido en funcionamiento desde la década de 1980 hasta la actualidad. Aunque cuestionado y reformado, no ha sido revocado». A pesar del hecho de que las reformas neoliberales hicieron profundas incursiones en lo que se refiere a la propiedad privada, los mercados de

trabajo y la asistencia sanitaria, «el núcleo del sistema económico chino» no fue destruido. Cuando durante la década de 1990 los precios fueron liberalizados, esa liberalización fue un «*small bang*», que mantuvo intactas las instituciones centrales. En opinión de Weber, el sistema dual de precios estuvo «en el centro de la transformación de China, que pasó de ser un país agrícola pobre con ambiciones revolucionarias a convertirse en uno de los motores industriales del capitalismo global». En vez de sufrir un severo declive económico y una grave desindustrialización, como sucedió en Rusia, sus reformas inspiradas en las dos vías «sentaron los fundamentos para el ascenso económico», aunque fuera bajo un riguroso control político. Weber concluye que «el Estado conservó su control sobre las “palancas de mando” de la economía china, mientras procedía a la transición de la planificación directa a la regulación indirecta a través de la participación del Estado en el mercado». China «creció dentro del capitalismo global» sin perder el control sobre su economía nacional.

El detallado análisis de los debates de la década de 1980 sobre las reformas pro mercado que ofrece *How China Escaped Shock Therapy* es perspicaz y esclarecedor y la evidencia que presenta Weber sobre los papeles desempeñados por los economistas a la hora de indicar a los principales dirigentes del Partido las teorías y las políticas que en su opinión debían ser seguidas, es especialmente valioso. La atención que presta a estos debates es, sin embargo, relativamente limitada. Al presentar a los economistas del Instituto para la Reforma del Sistema, Chen Yizi y Wang Xiaoqiang, como patrióticos reformistas pro campesinos, se acerca al relato oficial sobre la mentalidad igualitaria de unos dirigentes que responden a las demandas de la población rural. (Como ella misma reconoce, a finales de la década de 1980 Chen y Wang encontraron muchas cosas que admirar en el Chile de Pinochet). La realidad del mundo rural era más compleja y políticamente tensa: es cierto que muchos habitantes apoyaron la descolectivización, pero —como Jonathan Unger, Joshua Eisenman y otros autores han demostrado— muchos otros no lo hicieron.

Al concentrarse en los choques registrados entre las que podrían calificarse mejor como las dos alas del campo único de los partidarios de la mercantilización radical, olvida los argumentos presentados por el sustancial grupo de dirigentes del Partido favorable a reformas pro mercado mucho más moderadas, que hubieran conservado las instituciones socialistas. Ocasionalmente menciona a Chen Yun y Deng Liqun, que se convirtieron en destacados portavoces de este campo «conservador», pero ambos entran en su análisis solamente como oponentes a las reformas pro mercado a través del *big bang* en vez de como defensores de otro camino. Al mismo tiempo, aunque Weber no lo dice, los economistas europeos provenientes de Europa oriental pueden haber tenido razón a la postre al sostener que solamente el

cambio de régimen hubiera hecho posible aplicar la terapia de choque. En Europa Central, igual que en China, mientras los partidos comunistas continuaron en el poder, rehusaron en última instancia a dar ese paso. Solamente a partir de 1989 los nuevos regímenes poscomunistas estuvieron dispuestos a comprometerse con las políticas del *big bang* hasta el punto de no abandonarlas incluso cuando sus economías empezaron a colapsar.

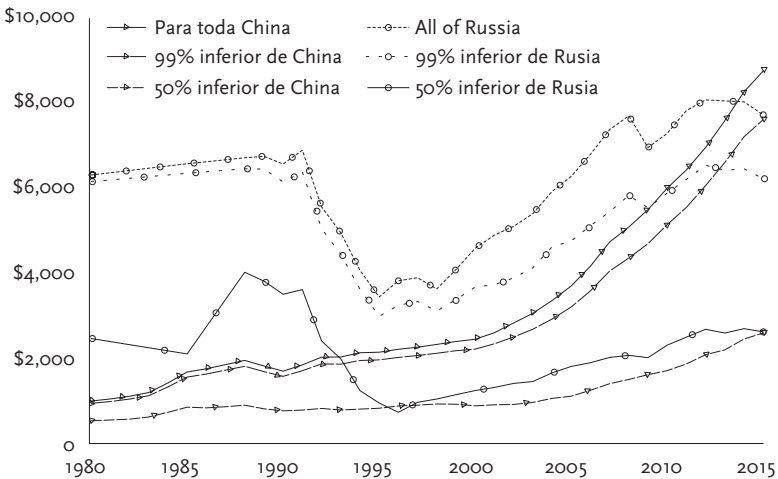
Aunque Weber finaliza su detallado relato a finales de la década de 1980, su tesis podría aplicarse a las décadas posteriores, ya que el PCCh continuó implementando después de 1988 lo que ella llama sus políticas inspiradas en el *Guanzi*. Aunque algunas reformas pro mercado se suspendieron después de la violenta represión de las protestas de Tiananmen en 1989, la reforma de los precios se aceleró a partir de 1992, seguida por la reestructuración y la privatización de empresas, lo cual provocó bancarrotas generalizadas y alrededor de 60 millones de despidos en el plazo de unos pocos años. Aquí Weber seguramente hubiera señalado que el PCCh, una vez más, había seguido el tradicional modelo de «lo ligero frente a lo pesado», empezando por empresas pequeñas y medianas y solamente de forma gradual pasando a las grandes, mientras conservaba las que consideraba más esenciales – financieras, energía, telecomunicaciones e inmobiliarias – firmemente bajo control del Estado. Aunque el proceso de reestructuración industrial chino, que empezó en la década de 1990, presentó muchas de las características de las reformas neoliberales que arrasaron el antiguo bloque socialista en aquel momento, así como el mundo capitalista, es cierto que las políticas de Pekín nunca se ajustaron por completo al modelo neoliberal. Además, después de las turbulencias de finales de esa década, en la década siguiente los dirigentes chinos empezaron a ralentizar su impulso mercantilizador fortaleciendo el papel del Estado, una tendencia que continua en la actualidad. Como se explica en *How China Escaped Shock Therapy*, continua en vigor el modo «pragmático» de combinar el papel dirigente del Estado con los mecanismos de mercado introducidos en la década de 1980.

Al defender el pragmatismo frente al idealismo, Weber señala que los economistas chinos más ardientemente partidarios del fundamentalismo de mercado durante la década de 1980, habían estado igualmente enamorados de los modelos integrales de planificación socialista en la década de 1950. Muestra que ambas visiones –de mercados con un funcionamiento perfecto y de planes igualmente perfectos– son el producto del mismo tipo de pensamiento racionalista impulsado por la teoría. También podría haber señalado que, en su momento, Mao fue por lo general un obstinado adversario de semejantes fantasías planificadoras. Como afirma Weber, Mao era una fuerza extremadamente perturbadora, más interesada en continuar la revolución que en construir instituciones permanentes, que consistentemente favorecía la movilización política por encima de los incentivos económicos. Sin embargo, en el proceso, también promovió repetidamente

la descentralización y las iniciativas locales que, involuntaria pero inevitablemente, fomentaban los intercambios económicos al margen del plan.

Ajustando un poco el marco de Weber, podríamos contrastar a los economistas impulsados por la teoría que pretendían encontrar modelos económicos perfectos —ya fuera basados en la planificación o en los mercados autorregulados— con los dirigentes políticos que consideraban las políticas económicas como simples instrumentos para alcanzar objetivos programáticos. Tanto Mao como Deng pertenecían a esta última categoría, aunque sus programas fueran diferentes. Ambos intentaban desarrollar la economía china para acumular riqueza y poder para la nación, pero mientras Mao vivió, este proyecto tuvo que compartir espacio con objetivos colectivistas radicales y de nivelación de clase. La ética igualitaria y colectivista del PCCh no toleraría que nadie «se hiciera rico primero». Cuando Deng llegó al poder, rechazó enfáticamente estos otros objetivos; el único proyecto fue la acumulación de riqueza y poder nacionales y para alcanzarlo insistió en que algunos tendrían que ser los primeros en hacerse ricos. En términos de acumulación de riqueza y poder nacionales, la reformas pro mercado han sido un éxito espectacular en China y un rotundo fracaso en Rusia. Dado que esta es la métrica de la comparación de Weber, la lección de su libro es que la transición del socialismo al capitalismo no tiene ninguna conclusión anticipada: en términos de crecimiento económico, *How China Escaped Shock Therapy* implica que el éxito o el fracaso depende de las estrategias que empleen los dirigentes.

### Ingresos medios de China y Rusia por adulto y cuantil de población, 1980-2015



Fuente: World Wealth and Income Database, 2017.

Los resultados son más consistentes, sin embargo, si utilizamos una métrica diferente: la desigualdad económica. La propia Weber está casi exclusivamente interesada en el crecimiento del PIB y no explora este otro aspecto. No obstante, resulta llamativamente evidente en el gráfico que se muestra a continuación, que ella reproduce, procedente de la World Wealth and Income Database, donde se reflejan las tendencias de los ingresos de diferentes estratos de la población rusa y china entre 1980 y 2015. La versión china de socialismo de Estado ha sido mucho más igualitaria que la rusa, pero la transición al capitalismo ha tenido el mismo impacto en ambos países: un enorme aumento de la diferencia de ingresos, resultando decisivamente más favorecido el 1 por 100 de la población respecto al resto. Las cifras muestran hasta qué punto fue catastrófica la terapia de choque para la población rusa, que vio como se reducían sus ingresos a la mitad en el lapso de cinco años. Fue especialmente dura para aquellas personas de bajos ingresos, cuya renta descendió por debajo de los 1.000 dólares anuales, a tipos de cambio de mercado, menor incluso que la de la mitad más pobre de la población china.

Si comenzamos esta cuantificación desde la depresión de mediados de la década de 1990, que señala el comienzo real de la transición capitalista tanto en China como en Rusia, las tendencias en ambos países son llamativamente similares. Los más desfavorecidos han visto sus ingresos aumentar lentamente más o menos en tándem, mientras que los más favorecidos se han vuelto fabulosamente ricos. La estrecha alineación de los niveles de ingresos en China y Rusia en 2015 sugiere que la transición al capitalismo tiene, de hecho, por lo menos un resultado seguro al margen de las estrategias que empleen los dirigentes para llevarla a cabo. Con o sin terapia de choque, la transformación capitalista produce polarización socioeconómica dadas las condiciones globales vigentes, algo que los economistas del *Guanzi* nunca conocieron.